

le ame mas que á todo el resto del mundo, y ponga su vida á mil riesgos y peligros por su amor. ¿Qué hace una ave á trueque de no perder los que en el nido tiene? Déjense tomar de los cazadores de su voluntad y hácese mansas. Las mujeres, por feos, sucios y monstruosos que crien los hijos, se tornan locas, brincándolos, cantándolos, chillándolos, sin haber de todas ellas quien con su hijo en los brazos tenga juicio; porque, aunque en ellos no parezca hermosura ni gentileza ni señal ni ocasion de ser queridos, los bailan, les dicen príncipes, arzobispos, emperadores, sin seso, sin recato de quien las oye, sin respecto á quien son ni á quien deben ser, ni á la gravedad y peso que deben á sus personas. Pues ¿qué se puede pensar de la Madre de Dios con su Hijo, hermoso, gracioso, santificador de los hombres, sabio, obedientísimo, lleno de dones y gracias y perfecciones cuantas pueden en un niño desearse ni imaginarse? Y sobre todo, sabiendo que aquel niño no tenia otro padre sino á Dios, segun la naturaleza divina, por donde era Dios verdadero, y que segun la humana no tenia padre en la tierra, que es causa y argumento de mayor amor. Porque el amor paternal que los hijos tienen, repartiólo la naturaleza entre padre y madre; pero aquí no habia entre quien partirse, porque sola ella le engendrò en cuanto hombre; y lo mismo se colige por ser solo hijo suyo; porque, cuando hay muchos el amor de la madre se reparte entre todos, aunque no siempre en iguales partes; pero cuando es uno solo, todo el amor se lleva, y el dolor de su muerte es el mayor de los naturales. Y así, compara el Profeta el dolor del Redentor que habia de causar en su pueblo, al dolor de la muerte que suele haber del hijo que era unigénito y solo en su casa. Así que, en sustancia ni en circunstancias no se puede imaginar mayor amor natural que el que la Virgen tenia á su Hijo, porque ni hay mayor ni mas fuerte causa, ni por el consiguiente mayor amor.

Pues el amor adquisito, ¿qué mayor pudo ser que el que la Madre de Dios, adquirido en treinta y tres años de tan suave, dulce y santa conversacion con un mancebo hermoso y sabio, á sus solas, á quien naturalmente tanto amaba, sin haber tenido ocasion de quiebra, y siendo ella tan santa, y él el autor de los santos? ¿Qué palabra, qué obra saldria del uno y del otro que no abrasase el corazon de ambos en ardentísimo amor? Qué mas amor que aquel á quien parió, dió leche en la niñez; á quien crió y gobernó cuando mayorcito de edad, á quien sustentó del trabajo de sus manos, y trató y conversó cuando mancebo; á quien siguió y sirvió, sin apartarse de su lado, todos los dias de su vida; con quien siempre trató los secretos de su corazon? Pues dime: de tan larga conversacion, de tan frecuente y ordinario trato, de tan continua compañía, ¿cuánto amor se criaria en tantos años? Pues si hablamos del amor infuso, ¿en cuánta gracia fué criada desde el primero instante de su concepcion en el vientre de santa Ana? ¿Cuánto aumentó cuando vino el ángel con la embajada? ¿Cuánto cuando parió al Hijo de Dios? Pues en sesenta y dos años que á lo menos se halla que vivió, como nunca perdió la gracia y amor de Dios, claro está que todas las obras que hizo fueron en caridad y fuertes para aumentarla; y ¿qué diremos de la plenitud de

gracia con que el ángel la saludó? Y ¿qué de la sombra que el Espíritu Santo le hizo para que concibiese y pariese al Hijo de Dios, y al cabo la plenitud como una avenida del dia de Pentecostés, que bajó visiblemente sobre ella y los apóstoles? Pues siendo la caridad ó amor de Dios ó lo mismo que la gracia ó otra joya á su medida; teniendo tanta plenitud de gracia, claro está que es inefable la caridad con que á su Hijo Dios amaba; y aun todo parece poco cuanto se dice, cuando se ponen los ojos en los nueve meses que tuvo encerrado en sus entrañas al Sol de justicia, que enciende los corazones en amor y reparte la caridad y dones como quiere y el cuerpo santo y carne divina y la humanidad, en la cual aceptó lo que después padeció por medio, para comunicar á los hombres su caridad y amor. Pues si con tantas ventajas excedia á todo amor de padres á hijos, y de hijos á padres, ¿cuánta maravilla es que el hijo mudo hablase con la fuerza del amor, para que el otro no matase á su padre, y la Virgen, no siendo muda por defecto ni faltándole amor de su Hijo, estando presente, antes le tenia con tantas ventajas mayor, no solo no habla ni dice, no mateis á mi Hijo, viéndole maltratar de mil muertes; antes, al contrario, se hizo muda, que no se lee que hablase palabra? A esto se responde que esta es la prueba de su paciencia, de su prudencia y gravedad; porque esto tiene la paciencia, como un santo varon decia, que es ser muda que no sabe hablar, y menos al tiempo y punto del trabajo. De donde David decia que cuando se vió en el trabajo de Semei, ni aun buenas palabras no hablaba. Y de aquí se conoce otra excelencia de la paciencia de la Madre de Dios, que es el trabajo que padeció en volver las lágrimas al corazon y las palabras al pensamiento, con que suele el alma desahogarse y aliviar sus penas y dolores, á trueque de mostrar la paciencia que su Hijo queria que tuviese. Buen lugar era este para acabar este discurso con una exhortacion á paciencia, con ejemplo tan poderoso; pero cáese y averguénzase la pluma cuando piensa poner delante de tan increíbles trabajos nuestras niñerías, de que nos quejamos, y la poca paciencia que tenemos en ellas, rodeada de cien mil imperfecciones y faltas; así que, sola la vergüenza que nos causare la meditacion de los trabajos y paciencia de la Virgen, basta para esforzarnos, no solo á padecer, sino á desear que Dios nos envíe mas y mayores trabajos para gloria suya.

DISCURSO VIII.

Del ejemplo que de paciencia tenemos en Jesucristo nuestro Señor, para sufrir con ella nuestros trabajos.

Entre todos los ejemplos propuestos y los que en esta vida puede haber de paciencia, ninguno merece este nombre, comparado con la que el Redentor tuvo en sus trabajos, porque este fué ejemplo de los demás ejemplos que della ha habido y ha de haber entre cristianos. Y cuando decimos que es ejemplo de paciencia, no es para que piense nadie que puede llegar, aunque mas le parezca que tira la barra, con la suya y sus trabajos á igualar con la que el Redentor tuvo, sino para que, puesto delante de los ojos lo que padeció, y con cuánta paciencia, la tenga todo hombre en sus trabajos, reco-

nociendo siempre la ventaja que en ellos y en ella tuvo á todo el mundo, como la tuvo en todas las virtudes, en las cuales se nos fué dado por dechado. Porque los ejemplos de hasta aquí no han salido de hombres puros; pero agora se comparan con los nuestros los trabajos de Dios, que son por sola esta razon infinitamente mayores, mayormente los de las injurias y afrentas; los cuales suelen tanto ser mayores, cuanto el que las padece tiene mas dignidad, y ninguna puede imaginarse que llegue á la del mismo Dios. Y de aquí se entiende lo que el Señor decia á sus discípulos cuando les daba esta razon para sufrir los trabajos que les esperaban: Si el mundo os aborrece, sabed y acordáos que á mí, que soy mas que vosotros, me aborreció primero; que esto quiere decir á mí primero que vosotros, mas principal que vosotros, como san Agustin declara aquello que del mismo Señor dijo san Juan Bautista: El que vino después de mí, fué hecho primero que yo; esto es, mejor y mas excelente que yo. Así hace Cristo el argumento aquí, no comparando igual con igual, sino argumentando de mayor á menor, como los dialécticos dicen; así como cuando dijo á los mismos discípulos en la cena: Vosotros me llamais señor y maestro, y decis bien, porque lo soy; pues si yo, siendo señor que lo puedo todo, y maestro que lo sé todo, os he lavado los piés, así os habeis de lavar los unos á los otros, que sois menos que yo. Así aquí dice: No os espanteis que os aborrezca el mundo, pues á mí me aborrece que soy mas. Y en otra parte hace el mismo argumento, diciendo: Si al señor de la casa llamaron Belcebub, ¿cuánto mas lo llamarán á los de su casa?

Esta manera pues se entiende el decir que la paciencia del Señor se nos dió por ejemplo de la nuestra todas las veces que en la Sagrada Escritura se dice, de las cuales un lugar es muy señalado en la primera epístola de san Pedro: Hermanos, Cristo padeció por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigais por sus pisadas. Parece que enderezaba estas palabras el Apóstol á unos hombres que, viendo á Jesucristo haber padecido tantos males, no por sus culpas, sino por las ajenas, les parecia que, estando ya padecido lo que tanto era por las suyas, podian descuidadamente darse á todo regalo. Y diceles san Pedro: Amigos, nadie haga mangas de la pasion de Cristo, que no padeció lo que padeció para que vos holgais del todo y volvais las espaldas á los trabajos, sino para daros ejemplo y ánimo para lo que habeis de padecer por vuestras culpas, pues él padeció tanto por las ajenas, y para que lo padezcáis con paciencia como él, que cuando le decian malas palabras no las volvía él, y cuando padecia, no estaba colérico ni amenazaba á nadie ni se le juraba. De manera que esta es una de las dos principales razones por que Cristo padeció, como dice san Leon, papa, cuyas palabras son estas: Del omnipotente Médico dos remedios tenemos aparados: el uno consiste en el sacramento ó misterio, el otro en el ejemplo, para que por el uno recibamos lo divino y en el otro paguemos lo humano. Porque, como Dios es el autor de la justificacion, así el hombre queda deudor de la devocion; que es decir que de dos maneras nos remedia el Señor con su pasion: la una redimiéndonos y perdonando nuestras culpas con su sangre, la otra

enseñándonos con este ejemplo á padecer trabajos con paciencia, con que merezcamos la gloria. Y de aquí es que, aunque por ser la persona de Cristo que padeció infinita, cualquiera gota de sangre era bastante á redimir mil mundos, por ser de infinito valor, como lo dice la Extravagante; y así pudiera con un solo suspiro redimir el mundo tan bastante y colmadamente como en su muerte; pero no quiso sino pasar toda la vida trabajos y fatigas, y morir afrentosamente en una cruz, porque no pretendia sola la redencion, sino dejarnos ejemplo de paciencia para padecer, como quien deja una planta donde vaya el oficial de la obra mirando y compasando el edificio; y á este ejemplo alude san Pablo cuando dice, escribiendo á los hebreos, después de haber nombrado los santos que padecieron: Por tanto (dice) teniendo tantos testigos como llovidos, dejando la carga de todo cuidado y congoja y las ocasiones de pecados que nos rodean, corramos á la pelea que nos está propuesta, sin poder excusarla, puestos los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesucristo, el cual, aunque le dieron á escoger y pudiera desviar de sí los trabajos y muerte, y vivir con gloria y contento, sufrió y escogió la cruz, teniendo en poco la afrenta y deshonra que en ella padeció. Como quien dice: Si Cristo, sin tener para qué ni forzarle nadie, padeció y tuvo en poco la honra del mundo, que pues bastaba morir sin deshonra para su intento, murió deshonradamente, claro está que no hizo caso de las deshonras del mundo. Y por eso nota san Juan Crisóstomo allí que no dice, despreciando la tristeza, porque no murió con ella, pero, despreciando la deshonra con que murió. Pues si él pudiendo excusar esta muerte y deshonra, murió de voluntad, ¿cuánto mas los que no podemos excusarla la habemos de padecer alegremente?

Esto mismo repetia el Señor á sus discípulos muchas veces, diciendo: ¿No es el discípulo mas que el maestro? Si al señor llaman Belcebú, y lo sufre, ¿cuánto mas á sus criados y domésticos? Así que, una de las mas fuertes razones que tenemos para nuestro sufrimiento es poner los ojos de la consideracion en el que Jesucristo tuvo, con el cual esforzaba san Pablo á los hebreos á padecer, diciendo: Pensad y repensad en aquel que tal contradiccion recibió contra sí de los pecadores, para que no desmayeis en las vuestras, porque aun no habeis llegado peleando hasta derramar sangre como él. Y por eso padeció tanta variedad de trabajos, porque la habia de haber en muchos hombres, para que tuviesen todos en qué mirar para llevar sus penas y dolores, y no nos asombrásemos della; como san Agustin dice, que, así como el Señor, porque no codiciásemos ni amásemos el oro enseñó á menospreciar los dones ofrecidos, ayunó cuarenta dias por quitarnos el temor de la hambre, y porque no temiésemos la desnudez mandó que no tuviesen sus discípulos mas que un vestido; así, porque perdiésemos el miedo á las tribulaciones, él las sufrió primero todas. Y en otra parte dice, hablando de su hambre y de la tentacion del demonio: Cuando el Señor hubo hambre, cierto la tuvo el mismo pan; como faltó el camino, como fué la sanidad herida y la vida muerta, entonces llega el tentador: Di que estas piedras se hagan pan. Respondió el Señor: Para enseñarte á tí á ven-

cer, porque para esto pelea el emperador, para que aprenda el soldado.

Gran temor tengo de comenzar en este discurso á tratar de los trabajos del Redentor, porque para decirlos enteramente sería necesario que el mismo Señor los contase y decir toda su vida, pues toda ella fué trabajos desde su niñez; así lo dice él en un salmo: Yo soy pobre y criado en trabajos desde mi niñez. Lo cual fué figurado en el profeta Moisés, que en muchas cosas, le figuró y en esta entre ellas, que desde niño recién nacido fué perseguido y echado en las aguas del río; así el Redentor desde niño en los trabajos que entre los otros hombres están repartidos: unos nacen de padres bajos y oscuros, y por aquí son tenidos por menos; el padre de Cristo, según la estimación de los hombres, fué un pobre oficial; luego que nació el pesebre le recibió por cama, el establo por casa, la madre pobre, el odio de Heródes, el destierro de Egipto, tierra ajena fuera de su natural; y si es pena ser ocasión de ella á sus deudos y amigos (como lo es), ¿cuánta sintió en dársela á su madre y ayo en el destierro, y después en perderselos, donde no quiso carecer de la mayor pena que los niños tienen cuando se pierden de sus madres? Venido á la edad de varón, ¿quién podrá decir sus trabajos? ¿Qué de ayunos, caminos, injurias, blasfemias, cuánta pobreza, cuántas calumnias de enemigos? Que el Sabio dice que turban al hombre sabio y quebrantan la fuerza de su corazón, porque vienen á traición, y no descubiertas, como el enemigo conocido. Pues el consuelo que suele haber de estos trabajos, que es el buen suceso de ellos, ¿cuán al contrario le salió? De sus grandes sudores lo que cogió fueron dolores y persecuciones y afrentas; del amor sacó desamor, y del bien hacer padecer, de los beneficios desagradecimiento, de la doctrina calumnias y reprehension, del negociarnos vida gloriosa sacó muy afrentosa y deshonrada muerte, que es un dolor que los renueva todos. Y solo esta queja y sentimiento tiene, hablando con su Padre por Esaías, el poco provecho. Y dije (dice luego): Al fin trabajado he en vano, y por demás he consumido mi fortaleza, por donde mi pleito es con el Señor, etc. Esto es ir ligeramente salticando por los trabajos de la vida; vengamos al remate de todos, que es la muerte, y á lo que cerca della se padeció con la misma brevedad.

§. II.

De una breve suma y recapitulación de los trabajos del Señor al tiempo de su pasión.

A cuatro maneras de trabajos se pueden por agora reducir los que en esta vida padecen los hombres: ó son por el daño de la hacienda ó de la honra y fama, ó son dolores del cuerpo ó del alma; y ninguna destas hubo que el Señor antes de su muerte no padeciese colmadísimamente. Porque, dejada aparte la pobreza (que por haberla tenido tan grande desde la hora que nació, aunque en la de la muerte no fué menos, pues en ella no se le conoció heredad ni posesión, ni mas mueble ni raíz que una pobre vestidura, de que antes que muriese fué despojado y desposeído, ni aun casa ni cama ni palmo de tierra donde cayese muerto, pues vino á morir en el aire y á ser sepultado en sepultura ajena, y por no ser

de los trabajos que este discurso por agora pretende), los demás no se sabe encarecimiento que baste para decir los que en aquellos días de pasión padeció; pero decirse ha lo que con la brevedad que aquí se lleva bastará; que, aunque ninguna cosa basta para agotar el mar de aflicciones que en este tiempo padeció, cualquier cosa basta que dellas se diga para el intento, que es desbravar nuestros trabajos y padecerlos con buen ánimo y voluntad: diráanse, no por el orden que se propusieron, sino por el que el Señor los padeció.

Lo primero, ¿quién podrá encarecer cuánta fué la deshonra que el Señor padeció, la cual llegaba á la divinidad, y por eso era infinita? Porque, aunque ella no es pasible, pero cuanto fué de parte de los que le deshonraban, era infinita; y si juntamos con esto el haberla puesto el Señor á vista de la mayor honra que á nadie se hizo en el mundo, cual fué la entrada del día de Ramos, sube la deshonra, bajando la opinión con los que poco después le vieron tan humillado y despreciado; como cuando á un sacerdote le visten, para degradarle, vestidos de brocado, y desnudándole poco á poco, le dejan en jaqueta como á un pícaro; y cuando prenden á un perlado ó grande y afamado predicador, y hacen justicia dél, tanto crece mas la infamia cuanto era antes mayor la fama y estimación; como en el libro primero de los *Macabeos* en aquella destrucción que cuenta de Jerusalem, dice que cuanto mayor habia sido la gloria del templo, tanto se multiplicó la ignominia y deshonra; pero aun del mismo Señor en esta coyuntura lo dijo mas claro Esaías con estas palabras: Levantarse ha mi siervo, y será ensalzado y sublimado; y así como muchos de ver tu grandeza quedarán pasmados, así será su vista deshonrada. Y aun en lo de los *Macabeos* parece que da á entender, que era mayor la deshonra puesta junto á la gloria, que no fuera si pareciera sola, porque dice que se multiplicó la ignominia; porque así entiende el bienaventurado san Crisóstomo á san Pablo cuando dice á los corintos: Como van creciendo las pasiones de Cristo en nosotros, así por el mismo Cristo abunda nuestra consolación, que entiende que crece en mayor proporción. Y así parece en el mundo, que como los hombres son mas amigos de pensar y decir mal que bien, nunca llega la fama de un hombre ni se extiende tanto en el bien cuanto en el mal, que es la deshonra. De donde nació el refrán castellano: El bien suena y el mal vuela; lo cual aun parece en la honra y deshonra del mismo Señor, que la fama no se derramó en mucha tierra, porque ella era casi á solas para derramarse, y el mismo Señor muchas veces lo estorbaba, mandando á los demonios que callasen sus milagros, y á los enfermos la salud que recibían; pero el mal que le impusieron, muy presto se vió la tierra llena dél, con testigos que decían ser de vista y otros que lo fueron de su deshonrada muerte, poniendo los judíos diligencia increíble para que su deshonra y las falsedades que le impusieron, se publicasen por todo el mundo, sacando de duda á cuantos lo oían; por lo cual fué hecho el Redentor infamia del mundo, locura á los gentiles, que luego desapareció, y escándalo á los judíos; por lo cual, donde quiera que estaban, hicieron á Dios grandes gracias y ofrecieron sacrificios por haber qui-

tado de entre ellos aquél que tenían por escándalo, con tanta vitoria y con muerte tan deshonrada, que en oyéndola entendiesen todos quién habia sido aquel Jesús Nazareno; lo cual fué una de las graves penas que Jesucristo nuestro Redentor padeció, el mal nombre que habia de quedar de su persona y doctrina por el mundo. Porque, si se dolía tanto el rey David del gozo que las provincias comarcanas á su reino habian de recibir de la muerte de Saul, ¿cuánto mas se podría doler Cristo en la cruz, conociendo el gozo que habian de recibir de su deshonrada muerte todos los judíos que estaban derramados por el mundo? Y tanto suele ser mayor este sentimiento, cuanto menos son los que quedan que sepan la virtud ó inocencia del difamado; y Cristo solo tuvo á su bendita Madre y á cuál ó cuál que de su santa vida quedasen informados sin falsedad, quedando tanto de los demás, de los cuales muchos habian luego de volver á sus tierras, que habian solo venido á la fiesta de la Pascua.

Y no parezca esta infamia que Cristo padeció de los menores vituperios, porque fué el mayor que en esta vida recibió; lo cual parece porque todos los demás desde á tres días se remediaron, y este solo fué el mas dificultoso de remediar. En tanto, que cuantas cosas obró y agora obra Cristo después de resucitado, cuantos milagros, maravillas y cosas nuevas se hacen, todas tienen este fin, y no el menos principal, que es quitar la infamia del santo nombre de Jesucristo; y por solo este fué permitido á los apóstoles bautizar al principio en su nombre, por forma, aunque les habia sido mandado bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y para esto fué elegido san Pablo, para que llevase el nombre de Jesucristo á los gentiles y á los hijos de Israel. Para esto se repartieron los apóstoles por todo el mundo, para que el nombre de Jesucristo, que por todo él estaba difamado, tornase á cobrar su fama, y apenas todos ellos pudieron quitarle la infamia que los judíos le habian causado, ni creo que se ha de acabar de quitar hasta los tiempos del juicio final, cuando el mismo Señor y su cruz aparecerán gloriosos y con poderes de tomar de sus enemigos y difamadores entera venganza.

Y porque aquí se diga todo lo que toca á la deshonra, ¿qué mayor puede ser de un hombre de la autoridad y opinión del Señor, que fuese llevado por aquellas calles de tribunales en tribunales, y al cabo salir sentenciado á muerte de cruz? ¿Qué dijéramos de un hombre cuya causa fuera acusada por los religiosos, y vista por ambos tribunales, eclesiástico y seglar, con asesoría de la Inquisición y de la Audiencia real, y vista por los ojos del mismo Rey, con pareceres de muchos frailes y letrados? ¿Quién dijera que iba aquel proceso mal sustanciado y sentenciado? Pues de esa manera salió Cristo al monte Calvario, acusado por los religiosos de aquel tiempo, que eran los fariseos; relajado ante Pilato por los pontífices y príncipes de los sacerdotes, remitido al rey Heródes, y pedida su muerte á voces de todo el pueblo; sentenciado á morir en la cruz afrentosamente entre dos famosos ladrones, y trocado por otro mas famoso ladrón y homicida; sabiendo él, como sabia, que habia sido entregado de su mismo discípulo y la cal-

lumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos y la misma codicia de su muerte asentada por juez en el tribunal; la forma del juicio tan apresurada, el color de religión donde era todo impiedad y blasfemia contra Dios, el aborrecimiento de Dios disimulado con apariencias falsas de su honra y amor; ¿qué piensas que sentiría él, que tal sabia y tal padecía?

Tras esto, ¿qué pena le seria aquella noche en la cena despedirse de sus discípulos, que tanto queria y habia traído en su compañía? Qué, demás que su tristeza de cada uno dellos era un clavo que le atravesaba el corazón, por haberlos de dejar aquel poco de tiempo solos y desconsolados; pero con su ignorancia sentirian haber dejado sus haciendas, negado á sus padres, rompido con sus deudos y conocidos, por andarse tres años tras un hombre que al cabo venia á morir tan deshonrado y á dejarlos descarriados, silbados y mofados en el pueblo y en el mundo, herederos de tanta ignominia como de su muerte les habia de quedar, con gran desconsuelo y soledad.

Pues lo que en el huerto padeció después desta cena, ¿cómo se podrá contar, pues excede en parte á lo que padeció en el monte? Porque á cada paso parece que ponía el pié en un clavo, ó por mejor decir, el corazón, pensando cuán apriesa se le acercaba tan cruel y deshonrada prisión. Y llegado al huerto, escogió tres de sus discípulos para su compañía, de que se vió necesitado, y estos le faltaron por el sueño. Derrivado en oración delante del Padre, pidiendo que pasase dél aquel cáliz, dejó su alma desamparada, y ofrecióle juntos todos los tormentos, afrentas y dolores que otro día habia de padecer, que fué uno de los mayores, ó el mayor que tuvo en todo el siguiente día; porque de solo el pensamiento de la muerte otros suelen desmayarse. Tal hubo que la noche antes en nuestros tiempos, estando sentenciado á muerte, de solo el pensamiento encaneció, no siendo la muerte cierta, pues al fin no murió de aquella vez; ¿qué seria teniendo el Redentor la suya tan certísima cuanto era su ciencia divina y la sentencia del cielo? Y no solo la muerte, pero todos los demás trabajos y dolores que antes della habia otro día de padecer. Dije que no me parecia mas intolerable aflicción que la del día siguiente, porque no hay muerte tan amarga ni dolorosa que traiga juntos tantos dolores como él allí padeció, que es una cosa que agrava mucho los trabajos padecerlos juntos, como del santo Job y del pobre Lázaro dijimos en sus lugares. Fuera deso, la misma muerte en sí no fué tan poderosa y fuerte como el pensamiento que Cristo aquí tuvo della; porque la muerte real ni se atrevió ni pudo sacar al Señor sangre de su cuerpo, sino fué mediante los instrumentos de azotes, espinas y clavos, pero aquí sin ninguno dellos le sacó sudor de sangre por todo el cuerpo; lo cual procedió lo uno del desamparo que el sentido del Señor tuvo de todo favor en aquella hora, porque ni rindió al temor que tuvo sus fuerzas para que no pelease con ellas, ni causó en su carne y alma insensibilidad, como pudiera, para no sentir mucho las cosas que tenia en su aprehension; ni se valió de su divinidad, como pudiera, antes hizo que desamparase en aquella hora á su santa humanidad; ni puso los ojos en la gloria de su cuerpo que por allí merecía, que, como atrás

queda dicho, suele dar gran esfuerzo al que padece, apartando su pensamiento de estos tormentos que temia, y poniéndolos en la gloria, ó siquiera repartiéndolos, para templar con el uno al de los tormentos. Lo segundo procedió del gran valor y fuerza con que peleó en aquella agonía; el cual llamó afuera los espíritus y la sangre, como acaece algun valiente que quiere probar sus fuerzas en una rara prueba dellas, que suele por los oídos y narices reventar la sangre; pero eso es cosa no rara, como la del verterla por todos los poros del cuerpo con solo el valor del ánima, que peleaba contra el temor de tan increíbles dolores que otro día esperaba.

Y pues tratamos de los trabajos en que siempre Jesucristo vivió, y este parece encerrarlos todos juntos con tanta fuerza, es bien notar que esta aprehension que el Señor en el huerto tuvo de todos ellos juntos, no la tuvo solamente en el huerto de Getsemani, ni una vez sola, sino todos los días de su vida, desde la hora que en el vientre de su madre fué concebido; desde el cual comenzó á decir aquel verso del salmo: Aparejado está, Señor, mi corazón, aparejado está mi corazón; lo cual repite dos veces porque se entienda cuán aparejado estaba: Aparejado estoy en el cuerpo, aparejado estoy en el alma, aparejado con la razón, aparejado con los sentidos, aparejado para oír, y aparejado para obedecer; aparejado en mí, que soy cabeza, y aparejado en mis miembros, que se llegaron á mí, que también sentía este por gran trabajo. Para entender esto es necesario advertir que desde aquel primero instante que fué concebido el Señor fué tan perfecto hombre como agora; y en siéndolo, le fué revelada la perdición del mundo, los males y pecados, el destierro de los justos del paraíso, y la necesidad que para el remedio de estos males habia de su persona, por ser de infinita justicia y limpieza, y juntamente la grandeza y causa de los tormentos, para que se viese si podía ó queria ponerse á tanto riesgo y trabajo por la gloria del Padre y el provecho y remedio de los hombres. A lo cual él respondió desde aquel punto por toda su vida con aquel verso: Aparejado está, Señor, mi corazón. Y de aquí se entiende el verso de san Agustín en el cántico: *Tu ad liberandum, etc., non horruisti virginis uterum*, porque allí se le representó la pasión. Y de aquí es que, así por su perfecto conocimiento y memoria como por la voluntad con que los aceptó y habia de padecer, tenia siempre sus penas, trabajos y persecuciones de enemigos delante de los ojos, como él dice en un salmo: Porque yo estoy presto y aparejado para los azotes, y mi dolor está siempre delante de mí. Y dice del dolor de los azotes, por el mayor y mas afrentoso y donde los judíos cargaron mas la mano, encomendándolo á los sayones mas inhumanos y groseros. Y nota lo que dice luego, que su dolor es de todos los dolores hecho uno, el cual estaba, no una vez, sino siempre, delante de su alma. Pues considera tú agora aquel corazón pequeñito recién criado, que apenas tenia ser, y ya estaba bañado de tristezas tales, que á veces da mayor tormento el esperar una adversidad que el padecerla. De aquí se entiende cómo toda la vida del Salvador fué como el día de su pasión, pues siempre la tenia delante de los ojos, con todos los demás trabajos y tormentos que en la vida padeció. Mu-

chas veces acontece que estamos reconciliados con el que nos hizo una injuria y hechas las amistades, y cuando le vemos, naturalmente nos apartamos y huimos, porque el corazón huye del que le ofendió. Aquí verás la mansedumbre del Redentor, que, siendo todo su trato con sus enemigos, cuyos pechos él conocia ser dañados y deseosos de le beber la sangre, no huía, antes los enseñaba, curaba y predicaba; pero no es posible que, viendo el daño y traición que le trataban, no tuviese alguna tristeza natural; pero á lo menos todas las veces que se acordase de las cosas que se la habian de dar después, la habia de tener mayor, y él mismo se las acordaria, por el deseo que tenia de nuestra salud.

Este tan grave y tan porfiado dolor que en lo interior el Señor padecía, tiene á los que profundamente lo contemplan espantados cómo por momentos no le quitaba la vida sin tiempo, siendo tantos y tan contrarios los torbellinos del dolor y tan altas las ondas de la tristeza en tan revuelto mar; cómo podia comer bocado que bien le supiese; qué sueño podian tomar ojos que tanta razón tenian para llorar; cómo no abrasaba tan gran cuidado su corazón; cómo no turbaba el juicio tan crecida turbación; cómo tanta variedad de pensamientos de tristeza le dejaban entender en otra cosa; cómo no le venia siempre á la boca cosa que tanto tenia en el corazón; cómo pudo vivir tanto, pues dice el Sabio que, así como la polilla gasta la ropa y el gusano carcome la madera, así la tristeza daña al corazón y los grandes cuidados acortan los días. Y en otra parte dice que á muchos mató la tristeza; porque como la experiencia enseña, las fuerzas del alma superiores, y las inferiores, las interiores y exteriores son entre sí tan hermanadas, que se comunican todo lo que sienten, y las unas dan parte á las otras; vemos que si el corazón tiene algun pensamiento de gozo, luego nos mostramos alegres en el rostro y fácilmente reímos; si pensamos alguna cosa de temor y espanto, súbitamente se nos erizan los cabellos y habemos miedo; si alguna cosa triste, ó lloramos ó mostramos el rostro oscuro. De suerte que cualquier mudanza ó alteración que hay en lo interior se muestra luego en lo exterior, por la gran vecindad y amistad que el cuerpo y alma se tienen. Y de aquí es que tanta tristeza se podria causar en una persona que muriese della; y pues en ninguno de los hombres se ha hallado tanta como en Cristo, él habia de vivir y sosegar menos que todos los hombres.

A esto se responde que, así como en cada uno de sus trabajos por sí fué necesario valerse de la divinidad ó de otros remedios para no morir, tales eran y tan rigurosos y intolerables, como en el siguiente párrafo se dirá; de manera que sin milagro ninguno otro viviera ni saliera vivo de sus manos; así que, la divinidad lo que allí obraba no era no sentirlos, sino que el excesivo dolor y sentimiento no acabase la vida en ninguno dellos fué necesario usar deste remedio, mas que en el trabajo y tormento de que agora hablamos. Esto dice el Señor en un salmo: Si no fuera porque el Señor era mi favorecedor, poco menos estuviere ya en la sepultura; pero no habia resbalado tantico, cuando me daba la mano tu misericordia; y así, en todos los dolores sentia tu consolación tan grande cuanto lo eran ellos. Verdad

es que no mostraba defuera tanto dolor cuanto dentro tenia tristeza en el alma, cuya figura eran las ventanas del templo, que á la parte de dentro eran mas rasgadas y mayores. Esto era providencia del Padre, y él lo obraba en sí y lo consentia porque no muriese sin tiempo, y antes de poner en obra puntualmente todo á lo que vino del cielo; pero ya que se llegaba el tiempo del padecer, escondió los consuelos y los efectos acostumbrados de la divinidad, y dejó á su humanidad santísima desamparada dellos, peleando con mas trabajo, contra lo cual despertó y azoró los trabajos de su muerte y pasión, que tan cercanos estaban, y el temor dellos para que en esta hora peleasen con ellos y gustase de espacio á qué sabia la muerte y los ministros que consigo trae, que son los dolores, como haciendo vigilia ó ensayo de todos ellos.

Tras esto, las desacatadas manos de los que vinieron á prenderle, la priesa de la ejecución de lo que poco antes habia aprehendido, el haber de acudir á la libertad de los discípulos, la traición del uno dellos, la priesa de los tribunales, la negación de san Pedro, aquella noche tan larga gastada en atormentarle, la crueldad y multitud de los azotes, las burlas y mofas cuando le visiten, ora de andrajos de púrpura, como á rey de burla, ora de blanco, como á loco, cuando le escupen; de lo cual dice un doctor que el paño que en los ojos le ponian en achaque de jugar con él á adivina quién te dió, no era sino porque el rostro suyo era tan grave y venerable, que no tenian brazos para hacerle mal, y con todo eso, le escupian en él. ¿Qué diré de cuál le paró Pilato para sacar alguna compasión de aquella dura canalla? Qué de las buenas esperanzas que apenas nacia cuando se secaban? Que es uno de los grandes dolores que se pueden decir de un hombre desdichado, cuyas cuitas él quiso también padecer; porque, así como la deshonra deciamos que sale mas puesta á par de la honra, como todas las colores y otras cosas á par de sus contrarias, así el temor se dobla puesto junto á una esperanza, que presto se marchita, aunque en naciendo estaba verde. ¿Qué tuvo destas el Redentor? Lo primero, cuando temiendo Pilato su condenación por haber oído que era Hijo de Dios, y se encerró á tratar con el Señor deste punto, en que resplandecía una luz y cierta esperanza de libertad y salud, y cuando remitió el conocimiento de la causa Pilato á Heródes, que por oídas tenia divino concepto de Cristo, ¿quién no esperara breve y favorable conclusión? Pues cuando puso Pilato la libertad de Cristo en manos y elección de aquel pueblo, á quien con tantas y tan piadosas obras tenia Cristo obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida que quitaba la vida á los hombres, ó al que se la daba tan maravillosamente á los muertos; cuando avisó su mujer al juez de lo que en visión habia visto, y le amonestó que no condenase á aquel justo, ¿qué fué todo esto sino llegar el negocio á las puertas del buen suceso? Pues este subir de esperanzas y bajar tan súbitamente á temores, este tener casi asida la libertad y buen suceso de negocio tan peligroso y despintarse de improviso, ¿qué cosa hay mas triste ni amarga? Pues no quiso el Señor privarse deste trabajo de andar entre esperanzas y temores con tan repentinos sobresaltos, aunque para

quien tan bien sabia en lo que habia de parar, y los medos, ninguno puede decirse sobresalto, ni podia tenerle sino es por su voluntad y elección; pero destas súbitas mudanzas solo tomó lo que era penoso, por no pasar sin toda pena. Pero pues este párrafo no ha sido posible acortarle, bien será al menos cortarle.

§. III.

De lo que el Señor padeció desde la sentencia hasta la ejecución de su muerte.

El presidente Pilato, después de hechas las diligencias, á su parecer todas, lavadas sus manos de la muerte del Señor, al fin vino á pronunciar sentencia de muerte contra él, entregándole, para ser crucificado, á sus enemigos; la cual oída, levantó aquel ingrato y ciego pueblo grandes voces y gritos de placer. Tenian á punto ya la cruz, la cual luego le cargaron sobre sus hombros; cosa la mas inhumana y cruel que el mundo jamás usó, pues no hay condenado tan triste y desfavorecido á quien la natural piedad no esconda los instrumentos de su muerte y procure hacerla cuanto puede mas fácil y tolerable. Aquí le cargan la cruz para que desde luego la sienta; y si el sentimiento era grande, no es de espantar, pues el apóstol san Pablo dice que trae allí cosidos los pecados del mundo, que pesan tanto, que ni el cielo ni la tierra ni el agua pudieron sufrir su peso. Lo primero en los ángeles que cayeron, lo segundo en el caso de Coré y Datan, lo tercero en Jonás cuando se hundió en la mar por la inobediencia; y así, no es maravilla que el Redentor fuese con ella arrodillando, con sus hombros flacos del mal tratamiento de la noche y su delicada complexion, á lo cual se añadió la maldición en que caía por la ley, no solo el que en ella moria, pero el que á ella tocaba; por lo cual con tanto cuidado advierte el Evangelista que Simon Cireneo, que le fué dado al Señor por ayuda para llevar la cruz (porque toda tardanza les parecia larga hasta verle puesto en ella), era padre de Alejandro y de Rufo, para que se entendiese que era gentil de nación, porque ningun judío osaba llegar á ella. Íbase el Señor por aquel amargo camino, crucificándose en la cruz que llevaba; no preguntaba, como Isaac, dónde estaba el sacrificio para aquella leña, porque él sabia que no habia otro sino él. Llegados al Calvario, mándanle desnudar con mucha priesa, para mas no se vestir. El Señor lo hizo como sus fuerzas podian, que eran pocas, por tener lastimados y enconados todos los nervios y coyunturas, y así, no podia como queria mandar los brazos; y pensando los ministros de su muerte que se desnudaba de mala gana, como los otros condenados suelen, echan mano de sus vestiduras con fuerza rabiosa, y consiéntese desnudar de grado por vestir la desnudez de los pecadores y de los primeros padres, acordándose de aquellas primeras vestiduras de pieles del paraíso terrenal, que significaban este despojo; porque, no solo fué desnudo, sino desollado este Cordeiro de Dios, por haber salido con las vestiduras la carne y cuero que los azotes habian levantado, y manaba la sangre que con las vestiduras habia sido detenida; así que no suda ya sangre, como en el huerto, sino hilos de sangre manan de las fuentes del Salvador.

Tras esto, como la muerte se le iba á mas andar acercando, sus ministros, que eran los tormentos, se iban mas incruelciendo; porque, como aquella pasión era paga en recompensa de la que en el infierno habia el pecador de padecer, parecíasele en que todos los sentidos del Redentor fueron allí atormentados. La vista lo fué, porque ninguna cosa miraba que no le causase pena y tormento: si miraba delante de sí, veía los clavos, martillo, los cordeles y otros instrumentos con que luego habia de ser crucificado; si miraba atrás, veía á su madre lastimadísima de sus tormentos, y á las mujeres que le lloraban con gran desconsuelo; si miraba al un lado, veía á los sayones; si al otro, los ladrones; si miraba á lo alto, veía una cruz levantada, donde habia de ser luego puesto; si recogía á su pecho la vista por no ver estas cosas, veía su desnudez, que para una persona grave es áspera y vergonzosa, no por sus pecados, sino por los nuestros. El olfacto recibía pena del mal olor del estiércol y de la carne podrida de los cuerpos muertos de los que allí eran ajusticiados; los oídos la recibían de la vocería de la gente: unos daban gritos de compasión, otros de mofa, y otrosí, de las blasfemias que contra él y contra el Padre eterno se decían. El gusto era atormentado de grandísima sed, que los tormentos y la mala noche, el polvo, el sudor y cansancio del camino habían causado, y mucho mas con el remedio della, que fué la hiel y vinagre. El sentido del tacto, demás de las heridas y azotes con que fué por mil partes rasgado, fué allí atormentado al tiempo que le quitaron la ropa, que con el calor y sudor venia pegada á los azotes, y cuando le quitaron la corona para desnudarle, y luego se la volvieron á poner, que aunque siempre, desde que se la pusieron al principio, iba continuando el dolor que causaba, pero allí se renovó, y con tanta mas crueldad, cuanto tenía ya enconados los agujeros de las espinas, y por hacerse en la carne enconada otros nuevos al tornársela á poner, pues no acertaron ni estudiaron de ponerla como venia; y no hay duda sino que estos fueron gravísimos dolores, así por haberse puesto las llagas mas dolorosas al tirar de la ropa pegada (por lo cual los zurujanos suelen con gran tiento despegar de las heridas y llagas que han de curar los pañitos y las hilas, por no causar dolor al herido), como tambien porque el viento que en el monte corría, por poco que fuese, habia de enconar con mas dolor cada una de aquellas llagas.

Pues la inhumanidad con que fué puesto en la cruz, donde le mandan los ministros de maldad tender para ver cómo le viene la nueva ropa de dolores que en aquel tablero le quieren cortar. El manso Cordero, como si le pidieran alguna de las mercedes acostumbradas, se echó de espaldas en la cruz, echando á ellas todas las injurias pasadas y presentes, abre los ojos y ofrécese á su Padre; hacen ellos señales donde se den los barrenos, y pensando que el Salvador se encogía adrede, porque la cruz era grande y quedaba mucho vacío y sobrado, barrenaron con mayor distancia, con intención que diesen de sí los niervos de Cristo encogidos, y echando mano á uno de los clavos, asiéntanlo sobre la mano izquierda del Señor, porque está mas cercana del corazón y siente mas pena; y como acudiesen allí todos

los niervos y sangre por los golpes crueles que con el grueso clavo abrían la mano (aunque detenida dél, no corría sangre, que después corrió en abundancia), quedó el otro lado como amortecido. Viendo los ministros del infierno que el cuerpo se habia encogido mucho, temieron no se desgarrase la mano al tiempo de alzar al otro barreno, por esto inventaron una diligencia, que fué atarle el brazo fuertemente por la muñeca á la cruz, con ciertas vueltas de recio cordel, porque de la otra parte pudiesen tirar á su placer sobre seguro; y porque el sayon que habia de tirar del otro brazo diese lugar al que habia de hincar el clavo en la mano derecha, ató otro cordel junto con aquella mano, tirando con toda su fuerza; sonó el descoyuntamiento de los huesos, y extendidos los niervos de ambos brazos, hicieron cumplidamente llegar la mano al barreno distante, y sirviéronse de la primera industria, atando la muñeca á la cruz, porque al atar de los piés no desgarrase alguna de las manos, porque tampoco ellos llegaban al lugar señalado. Alzando la cruz, se renovaron los gritos de aquella gente, y dejando caer la cruz en el agujero que habian cavado en una peña, dando un grande golpe, lloraban amargamente los devotos, gritaban los incrédulos, y la Madre, que tan martillado tenía el corazón, se postró en tierra cuando vió á su Hijo levantado en el aire; entonces, para que mas presto clavasen los piés, y para eso tirasen dellos, átanlos con otro recio cordel, concertándolos primero cómo habian de ser enclavados, y colgándose dellos el verdugo, que tiraba, asientan otro clavo mas recio, que para ellos tenían guardado: desta manera fué estirado el santo Cordero en el asador de la cruz, que, aunque sus huesos no fueron quebrados, pero fueron tan desgobernados, que no solo fueron contados, como él dice en un salmo, mas aun desaparecidos, como se dice en otro.

Entre tanto procuran poner el título para deshonrarle, y quitan los cordeles de las muñecas porque ya no colgase el cuerpo dellas, sino de los clavos, que dolián mucho mas; y desta manera quedaron estiradas las cuerdas, que son los miembros del Señor, en aquella verdadera arpa, que es la cruz. ¡Oh Señor mio! Peor os veo y mas doloroso que si fuéredes despedazado; porque cuando despedazan á uno, aunque no muera, la parte cortada no duele ya; mas en tí, Señor, ninguna parte hay que no duela, ni queda ninguna junta con otra ni sin dolor inmenso; no quisiste, Señor, ni aun este consuelo; todos tus miembros te quedan juntos y con dolor, significándonos que todos nosotros, que somos tus miembros juntos, te dimos tormento en la cruz, y que todos debíamos de dolernos contigo en ella, como miembros tuyos. Y no se acabó aquí el dolor ni su crecimiento, porque se le dieron muy grandes los golpes que en las cuñas daban los ministros, porque la gente no derribase la cruz, los cuales eran renuevos de los que recibió cuando le crucificaban. Estas diligencias, industrias e invenciones para atormentar al Señor no son invenciones ni imaginaciones mias, sino sacadas de los doctores que la pasión y dolores del Señor traen continuamente en la consideración; y aunque no estén tan en particular en la historia del Evangelio, muchas han recibido por revelación muchas personas

santas y devotas, y cuando no, de la rabiosa envidia de los fariseos y de otras cosas que el Evangelio dice, donde se declara su inhumanidad, se coligen en buena razón; porque, así como entre cristianos y aun entre gentiles no hay gente tan bárbara que no se duela de ver atormentar á uno, aunque segun leyes humanas lo tenga merecido, y así suelen rogar y aun pagar á los ministros de la justicia para que con suavidad ó sin rigor ni mal tratamiento la ejecuten; así se puede creer de aquella gente tan indigna y rabiosa contra el Redentor, que, demás de la inhumanidad que los ministros de la muerte del Señor tenían, les rogarian y aun pagarian para que inventasen nuevas invenciones de tormentos con que ellos hartasen la rabiosa hambre de la enemistad que le tenían; y esta licencia de pensar nos dió el Espíritu Santo cuando dijo: Hicieron con él cuantas cosas quisieron, y cierto es que quisieron muchas.

Lo cual tambien se colige de que, aunque muchas personas de todos estados han sido muertos crucificados, pero no se lee que fuesen enclavados. Fué el rey de Hay, fué Aman, del palacio de Asuero, siete hijos del rey Saul y otros muchos; pero sin clavos, lo cual inventaron para atormentar al Señor, que aun los ladrones no lo padecieron; que aunque el salmo no dice sino que le clavaron las manos, pero evidente es el testimonio de san Juan y de santo Tomás, que dijo que para crear habia de entrar el dedo en los lugares de los clavos; de do se saca cuán gruesos eran, pues por los agujeros que dejaron cupo el dedo grosero del Apóstol; lo cual da á entender el tormento grande que al Señor aparejaron, como es el de la cruz y clavos, porque es muerte prolija que se tiene por gran tormento, no como cuando ahorcan ó degüellan, que se estudia á ruego del mismo condenado que se abrevie; lo cual cuenta Job entre la buena fortuna de los malos que viven en esta vida prosperados, diciendo que después de haber pasado sus días no padecen en el morir, porque mueren en un punto; pero la muerte de cruz es prolija, donde viven siempre los dolores en las partes mas sensibles del cuerpo, que son piés y manos, llenos de niervos y venas, que son los órganos del mismo sentido del tacto que allí se atormenta; demás deso, los dolores crecen cada credo mas con el peso del cuerpo, que siempre carga hácia bajo, y así está siempre desgarrando y ensanchando las heridas y acrecentando continuamente el dolor, y de ahí vino á ser el martirio tan fuerte, que solo de la grandeza del dolor, sin otra llaga mortal, se vino á arrancar aquella santa ánima del cuerpo. Así que, donde tan nueva invención hubo, allende de la corona de espinas, de que no hallo memoria en las historias, y de otras que para tormento del Señor usaron, no es encarecimiento ni imaginación lo que los doctores dicen que usaron con él.

Puesto pues el Señor en alto con tantos dolores, le sobrevino otro, no de los menores, que fué tener al pié de la cruz á susanta Madre tan dolorosa y desconsolada. En el discurso pasado preguntamos por qué habia el Señor consentido que su Madre se hallase presente á sus dolores y afrentas, y respondimos con una razón de san Agustín á ella; agora respondemos con otra del

mismo, y es, porque quiso el Redentor que la redención de los hombres fuese tan copiosa, que no quiso dejar dolor que no gustase por los hombres; y así, no quiso partir del mundo sin este dolor; el cual cuán grande haya sido, entenderlo ha quien considerare cómo por momentos iba creciendo en el Hijo y en la Madre; porque al Hijo, allende de sus dolores, se le allegaba el que tenia de ver el de la Madre, y á la Madre se le añadía el que el Hijo tenia de verla á ella dolorosa. Luego al Hijo se le doblaba por ver á la Madre, no solo desconsolada por verle tan llagado en el cuerpo, pero por pensar la llaga de su alma, de verla á ella llagada de pensar que su pena acrecentaba la del Hijo, y así se iban multiplicando los dolores en el uno y en el otro: así como si uno se está mirando en un espejo, si tiene otro espejo en el pecho enfrente del otro, allí se representa la figura del primero con la del que se está mirando, y en el primero se torna á representar el del pecho con la representación del primero que está en las manos, que tiene del segundo y su figura, y así se van las figuras y espejos multiplicando; así eran aquí el Hijo y la Madre con la multiplicación de sus dolores. Solo en una cosa hay diferencia, que los espejos envían sus especies cada vez mas flacas, y vienen á tanta flaqueza, que apenas pueden percibirse, y aun la imaginación nuestra cerca de los espejos y de la reflexión de los dolores del Señor y de su madre se va tambien enflaqueciendo, de suerte que á pocos lances no alcanza su conocimiento distinto; pero los dolores destas dos lumbreras antes iban cada vez tanto mas creciendo, cuanto se iban mas multiplicando; y así, no hay poder recoger ni apagar que tanto fuese este dolor, sino dejallo al que lo padeció, y contentarnos con solo entender que corre mas que nuestra corta imaginación.

En medio destes dolores se le ofreció al Señor una ocasión para no sentir ninguno, que tuviera otro por dichosísima á tal tiempo, y fué una piedad que usaba la justicia entonces con los ajusticiados; que era darle una cierta bebida de cierto vino, confectionado con mirra y encienso, que tiene virtud de adormecer el sentido y como embotarle para que no se sienta el dolor; pero el Señor, aunque lo gustó por no carecer de aquella amargura, pero dice el santo texto que no lo quiso beber; y así, como desafiando al dolor y desechando de sí todo aquello con que pudiera defenderse en aquel desafío, esperó la muerte, y así comenzó, después de sus dolores, á sentir los fríos tristísimos de la muerte; y diciendo que todo era ya cumplido y acabado, bajando la cabeza, sintió á la misma muerte y espiró. Este es, cristiano, el paso donde no puede tu alma sin grande y vergonzosa nota dejar de sentir los intensos trabajos de tu Dios y Señor, y llorar tus pecados que los causaron, y agradecer el inmenso beneficio que de allí te resultó, y admirarte de la gran misericordia y piedad que Dios usó contigo en padecer tantos dolores y muerte tan á solas por tí tantos años antes que nacieses y pecases, y juntamente de la ceguedad e ingratitude de aquella gente, de que, sin tener sentido ni conocimiento, se alteraron las criaturas en aquella hora. El velo del templo se abrió, como diciendo que el arca del Señor, que antes solia salir á las batallas, si pudiera, saliera á

favoreceral desamparado, y para que Dios todopoderoso desde su silla viese lo que pasaba; el sol se escureció, alludiendo á lo que en tiempo de Josué se detuvo, porque no se cumpliese la vitoria del demonio contra el Señor; la tierra tembló, no pudiendo sufrir tan grande agravio, y temblando, mostró que sufría contra su voluntad tanto mal, y no pudo hacer mas de sacudirse de lo tener en sí colgado; las piedras se herian, para mostrar que los corazones empedernidos son los que merecen ser heridos, y no el Señor justo; los monumentos se abrieron para que á los muertos no fuese escondido este negocio, y ellos, como nuevos jueces, se levantaron á ver cosa tan extraña.

§. IV.

De cuán graves fueron los trabajos y dolores del Redentor.

Porque la caridad de Jesucristo vence tanto nuestra tibieza, que se cansa la lengua de decir y la pluma de escribir y el lector de leer lo que Cristo nunca se cansó de padecer; dejando la parte de sus trabajos por decir que tocan el alma sola, aunque en parte quedan dichos cuando se trata de los del cuerpo, y quedaba por decir de la pena que le daban los pecados del mundo por el celo que tenia de la honra de su Padre, pues solo uno bastaria á darle mayor tormento que los corporales, ¿cuánto mas los de todo el mundo? Lo segundo, la condenacion y ingratitud de muchos hombres que habian de despreciar su sangre, y el castigo que sabia que presto habia de enviar Dios sobre aquel pueblo presente que tanto estrago habia de hacer en él; solo empleáremos este párrafo en advertir la gravedad destas pasiones dichas y las que no se dicen, aunque ellas son tan graves en sí, que no tiene necesidad de ser advertida otra ninguna. Lo primero se ha de tratar de lo que en el libro cuarto remitimos para este lugar, que san Juan Crisóstomo, aunque con recelo de nota de atrevimiento, decia sobre la carta que escribió á los de Corinto san Pablo, que los apóstoles habian padecido mas que Cristo, cuyas palabras entonces referimos por entero, y agora, por ser muchas, no se tornan á referir; que, aunque se puede entender haber entendido este santo doctor de las muchas maneras de trabajos y invenciones de nuevos tormentos y la prolijidad de sus prisiones y martirios; pero el recato con que lo dice y el recelo que le noten de atrevido, me hace pensar que entendió mas advertidamente, mayormente que parece querer eso los lugares del Evangelio que allí trae. Pero, sea ó no sea, guardando el rostro á las letras y santidad deste santo, me atrevo yo á decir que no le faltó razon de recelarse de alguna demasía ó atrevimiento; porque, aunque, como digo, en lo que toca al tiempo de sus trabajos fué mas largo, pues el de Cristo, contando desde la oracion del huerto, no duró cabales veinte y cuatro horas, como muchos mártires padeciesen muchos meses y aun años; pero lo que el Señor en estas pocas horas padeció, y las que en su vida y cada una por sí, fué muy aventajado en rigor á todo lo que ellos padecieron.

Lo primero, se ve claro que eran tan rigurosos los trabajos y dolores de Cristo, que ninguno otro pudiera vivir con ellos sin milagro que le conservase la vida, lo cual de ninguno se dice ni lee fuera dél; porque, aun-

que habia en sus martirios milagros que apagaban el fuego, que abrian la mar, quebraban las cadenas, abrian las cárceles y desbarataban los potros de los tormentos; pero, quedando estas cosas en su fuerza y virtud, no leemos que quedasen con vida, y así con ella se acababan; pero en Cristo, con ser los tormentos de tanta fuerza, sin quitársela ni aflojársela, quedaba el Señor con la vida para padecerlos. Ejemplo sea la hambre del desierto y el ayuno, pues no hay quien sin milagro pueda pasar cuarenta dias sin comer; pues la aprehension del huerto bien pudiera matar á otro, pues le sacó al Señor la sangre por los poros; los azotes, tantos y tan crueles, pues la ley se temia de la muerte del azotado con cuarenta azotes, ¿qué vida quedara con cinco mil? Pues los tormentos de la cruz, de quien dice Esaías que le vió como un leproso, llagado de piés á cabeza, y humillado y herido de la mano de Dios, como quien dice que parece que no se fió Dios de mano de hombres ni de demonios para herirle, sino que él mismo, con toda su fuerza, quiso hacer este oficio; y así parece, pues estando así, tenia tan gran fuerza y virtud, que de verle morir con tan recia voz se convirtió el Centurion, diciendo que era verdaderamente Hijo de Dios. Y para mayor declaracion de lo que este discurso pretende, es de notar lo que la *Sabiduria* dice de Dios, que todas las cosas hizo en su cuenta y medida, y con hallarse esta razon, peso y medida en todas las cosas criadas, sola la pasion y tormentos de su Hijo se quedó fuera. Parecerá á alguno que, siendo el cuerpo de Cristo tan pequeño, que, segun se dice, no excedia de ocho palmos, no podian ser sin medida los dolores de azotes y otros tormentos; pero el mismo Señor que los padeció puede decir al que tal pensare lo que otro tiempo dijo á Abraham: Cuenta si puedes las estrellas del cielo; que aquí son las llagas y dolores del cuerpo de Cristo. Y es porque, aunque cabian en el cuerpo pocos azotes, eran tan repetidas y apeñuscadas las llagas, que cada vez que llegaba el azote señalaba nueva estrella sobre las que estaban, mudando la primera figura, como él dice en un salmo: Añadieron sobre el dolor de mis llagas; y no dice cuánto añadieron, porque carece de número, y todas juntas carecen mucho mas dél. Tambien carecen de peso, segun aquello de Job: Ojalá se pusiesen en balanza los pecados por que padezco y los dolores y calamidad que padezco, que sin comparacion seria mucho mas el dolor que los pecados; porque, aunque ellos son innumerables, convenia que lo que redimia excediese á lo redemido. Y así como en otro salmo dice que le rodearon males sin cuento, así pudo decir sin peso ni medida.

La segunda causa desta gravedad es la delicadísima complexion del Hijo de Dios; porque, como fué aquel cuerpo santo formado de la sangre purísima y virginal de nuestra Señora y milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y todas las cosas que nacen por milagro son mas primas y perfectas, como san Juan Crisóstomo dice, que no las que por naturaleza, síguese que aquel cuerpo era mas delicado y mas bien acomplejado que los otros; así que, por ser de materia tan delicada, por ser concebido por milagro, tiene ser mas delicado, y por el consiguiente, mas sensible, como san Buena-

ventura dice; así que, por esta parte tambien era mayor su tormento que el de los apóstoles y mártires.

Lo otro que los tormentos del Señor hace mas graves y dolorosos es aquel desamparo que tuvo, no solo en el huerto, sino en la cruz, donde fué su santa ánima desamparada para padecer sin ningun género de consuelo al tiempo que dió sus quejas á al Padre, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste? Porque, por satisfacer á la divina justicia y mostrar el amor con que padecia, cerró las puertas por todas partes á todo género de alivio y consolacion, así del cielo como de la tierra, en que fué desamparado, no solo de sus amigos y discípulos, sino tambien de su propio Padre. Y desta generalidad decia en otro salmo: Soy hecho como hombre sin favor y ayuda, siendo yo solo el que entre los muertos estaba libre del pecado y de merecer muerte ni pena. Esto mismo dió á entender en otro salmo cuando dice: Atollado estoy en el cieno y no hallo pié sobre que estribar; porque estaba en la cruz y veia cerrados los corredores y ventanas del cielo, sin haber quien se asomase ni quien mostrase un pequeño consuelo. Antiguamente en una afliccion que tuvo Jacob, con que se quedó dormido en el campo, al fin vió entre sueños una escalera que llegaba de la tierra al cielo, y á Dios arrimado á la escalera, parado á una ventana, enviándole ángeles que subian sus deseos y oraciones y bajaban con respuestas y favores; pero agora en este trance del Hijo de Dios, no parece ventana en todo el cielo. Dios calla, los ángeles ni bajan ni suben ni se ven, no hay mas de una escalera en este monte, y esta no llega mas que desde la tierra hasta el brazo de la cruz, de donde ni aun un jarro de agua no le envian ni consuelo ninguno, sino befas y blasfemias; en que tambien fué figurado en aquellos dos animales que mandaba Dios ofrecer por los pecados del pueblo, de los cuales el uno era degollado, ofrecido en sacrificio, y el otro desaparecia y era enviado á la soledad, dejando al compañero solo en el tormento. Pues así fué en este celestial sacrificio que Cristo, Dios y hombre, ofreció por los pecadores de todo el mundo: la una de las dos naturalezas era sacrificada y padecia, y la divinidad, que es la otra, desapareció, dejando á la compañera sola en el tormento; porque, aunque quanto á la union hipostática nunca la desamparó á ella ó á sus partes, pero quanto al favor y consuelo y alivio de sus trabajos, del todo la desamparó. En esto pues hizo tambien ventana su pasion á todos cuantos han padecido martirio, porque en medio dél eran todos particularmente favorecidos y consolados: san Estévan tenia delante de los ojos al Hijo de Dios en pié para favorecerle, y otros santos fueron así favorecidos; lo cual se les echaba de ver en el maravilloso valor y esfuerzo con que padecian desmesurados tormentos.

Todo esto se colige de lo que san Pablo dice en otra parte, que aquel que no sabia á qué sabia el pecado fué hecho de Dios pecado por nosotros; lo cual comunmente declaran los doctores, diciendo que fué hecho por nosotros sacrificio por pecados, que eso quiere decir muchas veces *pecado* en la divina Escritura; pero los que mas quieren ponderar este negocio, dejando el vocablo *pecado* en el rigor de su significacion, decla-

ran aquel lugar diciendo que hizo Dios á su Hijo, que nunca habia pecado, una estatua ó imagen de pecado para vengarse dél á su placer. Quiere decir que nunca Dios ha castigado al pecado quanto merece, porque nunca le ha topado solo para castigarle, sino en el pecador; el cual, como es hechura suya, por no hacer mucho mal al hombre que crió y ama como á criatura suya, no toma entera venganza del pecado cuanta merece; de donde dicen los teólogos que aun hasta en el infierno tiene su jurisdiccion la misericordia de Dios, no para que pueda tener fin ni para que ninguna pena de las que merecen segun la ley se les alivie ó perdone, sino que esa ley de tormentos, cuando Dios la hizo, la pudiera hacer mucho mas rigurosa y de mas tormento. Y esto quiere decir el teólogo en decir que castiga Dios menos de lo que merece el pecador; pero si pudiera ser que por sí topara Dios con el pecado, sin misericordia se vengara y á su placer, pues dice agora san Pablo: Ya que no puede Dios hallar al pecado aparte, hizo á su Hijo una como estatua del pecado para vengarse dél; de donde se entiende cuán rigurosa fué la venganza que, mediante la pasion de su Hijo, tomó de tanta multitud de pecados como en el mundo se han hecho y se harán.

Otra razon de la gravedad destes trabajos y tormentos da el bienaventurado san Juan Damasceno, sacada de la inocencia del Señor, con un pensamiento muy hidalgo y digno de su buen ingenio y dotrina, diciendo que á todos los trabajos de Cristo agrava mucho la inocencia con que padeció. Dice pues este santo que si viese todas las penas de los condenados y cada una por sí distintamente, y sus procesos y causas, y por otra parte, sola una penita, la menor, de Cristo inocente, mas le mueve esta sola que todas las otras juntas, á lo cual ayuda lo que dijo el buen ladrón (que para esto no alegamos Jerónimos ni Agustinos, sino un salteador alumbrado y convertido) cuando reprehende al compañero, añade: Y nosotros, aun bien, que pagamos lo que merecemos; pero este nuestro compañero es de tener compasion y espanto de su paciencia, porque no la hecho por qué padecer. Pues si así es, mucho debia de ayudar á la pena de Cristo su santa inocencia.

De todo lo dicho se entiende lo que Salomon dice en aquel paso: Tres cosas me son dificultosas, y la cuarta ignoro mas que todas, el camino del águila en el cielo, el de la culebra sobre la piedra, el camino de la nave en medio de la mar, y el camino del varon en la doncella, segun la mas recibida explicacion. En las cuales palabras, segun los que mejor entienden, nos descubre los cuatro mas principales misterios de Jesucristo nuestro Redentor. En el camino del varon con la doncella, su santa encarnacion salva la virginidad de su Madre. En el camino de la culebra sobre la piedra, su santa Resurreccion; porque habiendo estado poco antes colgado de un palo (como la serpiente que colgó Moisés en su figura) después salió del monumento, y subió sobre la piedra que le cubria. En el camino del águila en el cielo significa su admirable Ascension. Y en el camino de la nave en medio de la mar nos significa su acerbísima pasion. Y dice que confiesa que no puede entender cómo pudo salir aquel navío de entre